

Chesterton: el poeta de las huellas

María Lydia Polotto Sabaté *

La autora hace una lectura muy sugerente del casi siempre enigmático Chesterton. El ser humano se acerca a la verdad y al entendimiento siguiendo un camino en el que la certeza última siempre será mayor que sus propios deseos. En la medida en la que se siga cuestionando hallará indicios de lo que busca, en este caso la existencia de unas huellas que le permitan afirmar que existe una Creación y tal vez un Creador.

A veces podríamos llegar a pensar que intentar acercarnos a la compleja realidad de la fe podría compararse con realizar el trabajo de un detective. Intuimos algo que está ahí, no a simple vista, pero que sabemos que está ahí. En ocasiones se manifiesta de forma más o menos evidente, pero nunca nos resulta fácil demostrar su existencia.

Conseguimos ir descubriendo, desvelando esa realidad no de forma directa sino a través de los indicios que ella nos deja en la vida cotidiana y frente a los cuales muchas veces nos dejamos estar, sin pensar en su verdadero significa-

* Escritora. Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

do. O simplemente los vemos pero pasamos de largo, pensando que la vida sólo está hecha de coincidencias. La mayoría de las veces se trata de ver y no solamente de mirar, puesto que viendo es como llegamos a acceder a una verdad mucho más sutil y, generalmente, no tan nítida (1874-1936).

En *El hombre que fue Jueves* (1908), Gilbert Keith Chesterton nos propone un juego para probarnos: para probar nuestras competencias y habilidades como lectores. Y como él es además «creador» de su propio universo, también elige dotar a éste de dos planos o lecturas tal y como podemos interpretar todas las cosas a las que nos enfrentamos en nuestro día a día: una lectura o plano superficial o ingenuo, y una lectura o plano profundo o hermenéutico.

El lector literario

En ese primer plano superficial nos encontramos con el Chesterton creador de ficciones, el autor literario. *El hombre que fue Jueves* es una intriga policial perfectamente ideada para «enganchar» al lector puesto que contiene todos los ingredientes que un lector de novela policial quiere encontrar: personajes misteriosos, conspiraciones, identidades ocultas y

una solución de la trama que resulta sorprendente por lo inesperada, que sólo se nos desvelará parcialmente al final del texto: el conflicto en torno a la identidad de Domingo.

Decimos «parcialmente» puesto que para una comprensión integral de la obra, en especial para llegar a comprender el tan inesperado final, es menester interpretar –al menos básicamente– la construcción alegórica o metafórica que hace Chesterton de este personaje. Aquí, el autor decidió ir más allá de la inocencia lectora, y justo hacia el final de la novela pide que el lector haga un esfuerzo adicional para conseguir un acercamiento más auténtico al sentido de la misma.

Cuando el lector literario o «lector competente» se enfrenta a la lectura de *El hombre que fue Jueves*, lo hace en un estado «de alerta», y está pendiente desde el comienzo del relato no solamente del plano superficial del mismo, sino también del plano alegórico o simbólico, como si la intriga que forma la columna vertebral del texto se desdoblase en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, el misterio policial en sí mismo, y en segundo lugar, el descubrimiento del significado del valor metafórico de los componentes que conforman la narración.

La misión de Syme

Chesterton crea un personaje principal, un protagonista como Gabriel Syme con quien es fácil establecer empatía. Syme conoce a Lucian Gregory por azar, por efecto del inextricable destino o porque, simplemente, era su misión conocerlo, en las inmediaciones de Saffron Park en Londres. Tanto Gregory como Syme se nos presentan como «poetas», aunque ambos con concepciones bastante distintas de lo que significa el hacer poético. Para Gregory, el artista es un anarquista que debe acabar con toda convención establecida. Para Syme, el poeta es un ser que debe disputarle a cada instante una batalla al caos y la victoria la consigue a través de las cosas más sencillas de la existencia. Según él mismo, lo poético reside en el hecho de que las cosas salgan bien, es decir, que las cosas hagan lo que se espera de ellas.

He aquí una primera visión de la cosmovisión de Chesterton. Para él el universo tiene una ordenación y encuentra lo maravilloso de la Creación en el hecho de que las cosas tengan una razón de ser, una misión. Por este motivo, cuando se dirige hacia Saffron Park atravesando su barrio piensa que «había que considerar aquel barrio: no taller de artistas, sino obra de

arte, y obra delicada y perfecta». Es decir, hace explícita referencia a lo creado como una obra perfecta, cuya perfección reside en que las cosas que allí habitan se desempeñen de acuerdo con su esencia.

Retomemos aquel encuentro de Syme con Gregory, el poeta anarquista. La conversación en torno al significado y la esencia de la poesía y el artista discurre durante algún tiempo más y Syme se retira de Saffron Park dejando a Gregory con la sensación de que su discurso había sido ultrajado. Gregory lo encuentra más tarde y lo invita a cenar, hecho que lo lleva a adentrarse (¿otra vez el azar?) en una convención del Consejo Central Anarquista que se disponía a elegir a un nuevo miembro. Syme descubre una curiosa costumbre de la organización que es la de denominar a sus miembros con los días de la semana. Así, en dicha reunión había que elegir a un nuevo «Jueves». Dentro de este sistema de nomenclatura, era Domingo el presidente, el miembro más importante y hacedor de los destinos de sus compañeros del consejo. Dice Gregory de él: «Éste aplica su genio a que no se hable de él, y también lo ha conseguido. Pero no puede usted estar a su lado cinco minutos sin sentir que César y Napoleón son unos niños comparados con él». En esta descripción, conseguimos tener un primer pa-

norama de la personalidad de Domingo: impone su autoridad con su sola presencia, no le hace falta que los demás hablen de él porque logra manifestarse en las cosas.

Cuando comienza la reunión para designar al nuevo miembro, Gregory plantea un discurso para ser elegido por el consejo y está seguro de que tendrá éxito en su empresa. Pero no contaba con la posibilidad de que Syme, quien ya se le había presentado durante la cena como un miembro de la policía secreta, tomara la delantera y tuviese una oratoria tan brillante que le permitiese ser elegido Jueves y poder infiltrarse dentro de la organización anarquista. Son vanos los intentos de Gregory de disuadir a sus correccionarios y, finalmente, Syme es elegido como el nuevo miembro.

El orden del caos

Hacemos un alto para apuntar algo aquí y es la ironía y el simbolismo con el que juega Chesterton al idear esta organización, hecho que no se le puede pasar por alto al lector precavido y es el denominar a los miembros del consejo anarquista con los días de la semana. En primer lugar, una paradoja en sí misma es que un consejo anarquista esté tan bien organizado. En segundo lugar, lo metafórico de que

el Domingo, o el «Día del Señor», sea quien preside dicho consejo, cumpliendo los demás días de la semana un papel también relevante dentro del proceso de la Creación, como se desvelará más adelante en la novela. Es decir, que Chesterton nos plantea desde el comienzo del relato aquello que conformará uno de los principales indicios que deberemos tener en cuenta y es el orden existente dentro del aparente caos. Y esto no es otra cosa que una metáfora sobre el funcionamiento de la Historia de la Humanidad, hecho que nos lleva a preguntarnos una y otra vez si, en verdad, lo que nosotros percibimos como un caos no es otra cosa que la disposición ordenada de los seres. Esta ordenación puede no ser necesariamente caótica, sino estar mediatizada por nuestra humana limitación que no nos permitiría comprender la disposición del universo o, mejor aún, que nuestra aletargada percepción de la realidad no nos permite desentrañar la esencia de las cosas, como si en el hombre lo que fallase no fuese la inteligencia, la luz de la razón, sino la disposición del espíritu para utilizar esa razón.

«Los seis filósofos»

Chesterton nos presenta esta humana tendencia hacia la disipación

del uso de nuestro intelecto como un «mal de la época». Cuando se narra cómo Syme terminó entrando en Scotland Yard, se reproduce el diálogo que mantuvo con un policía. Allí, este policía le cuenta que lo que ellos intentan es buscar «pesimistas» y describe esta figura relacionándola con el filósofo moderno que *ha roto con todas las leyes*. Es en este momento en que Syme decide entrar al cuerpo. Y es otro guiño para el lector avisado que debe volver a interpretar el simbolismo de estas palabras. ¿No es acaso el espíritu pesimista el que dice que ya nada tiene sentido? ¿El que nos aleja de la percepción de que existe un orden establecido? ¿El que nos disuade de encontrar nuestra misión en ese orden y, por ende, el sentido de nuestra vida?

Cuando el consejo anarquista empieza a operar su misión para dismantelar el orden mundial, sus integrantes se van dando cuenta poco a poco de que todos ellos pertenecen a la policía secreta. La única identidad que queda sin desvelar es la de Domingo. Todos habían estado actuando de forma mecánica, sin preguntarse cuáles eran los fines reales que estaban persiguiendo y, al darse cuenta de que habían sido burlados, se propone pensar para dilucidar cuál es el sentido detrás de toda esta puesta en escena. Por primera vez,

los falsos anarquistas se paran para preguntarse por el sentido de todo aquello y es cuando comienzan a vislumbrarse posibles respuestas que les permitan entender la secreta personalidad de Domingo. Ninguno antes se había cuestionado, en el frenesí de la misión, qué era lo que se esperaba de ellos: «Nunca ha habido Supremo Consejo Anarquista. Todos éramos un hatajo de imbéciles policías acechándonos mutuamente».

Domingo

Es entonces cuando los policías tienen la oportunidad de enfrentarse a Domingo y preguntarle cuáles eran sus planes para ellos, por qué los había engañado, quién era él en verdad. Domingo no parece preocupado o inquieto y se limita a responder con estas palabras: «Antes entenderán ustedes el mar; yo seguiré siendo un enigma. Averiguarán ustedes lo que son las estrellas: no averiguarán lo que soy yo. Desde el principio del mundo todos los hombres me han perseguido como a un lobo, los reyes y los sabios, los poetas como los legisladores, todas las Iglesias y todas las filosofías. Pero nadie ha logrado cazarme».

Nuevamente, Chesterton apela a nuestra competencia, aunque en

un pasaje mucho más esclarecedor donde Domingo se nos revela como el espíritu de Dios Padre. Como un ser incomprensible quizá en algunos aspectos, pero a quien podemos acercarnos en las manifestaciones de su Creación. El mar, las estrellas no son Dios, pero son sus huellas y son los indicios que nos permiten intuir su existencia.

Ante esta revelación, los seis detectives tienen sensaciones encontradas y diversas acerca de la personalidad de Domingo. Bull dice que Domingo es gordo y ligero como un globo, y que por este motivo le gusta. Y explica que la energía limitada se traduce en violencia, mientras que la energía suprema se puede demostrar en la levedad. Así revela a Domingo como una energía suprema. Al inspector Ratcliffe también le cae bien Domingo, aduciendo que es un hombre distraído. Y se explica diciendo que uno no puede imaginarse a un ser malvado soñando honradamente, porque un ser malvado no puede estar tan a solas consigo mismo. Por tanto, deduce que un hombre distraído es un hombre bien intencionado. De este modo, Domingo es capaz de estar a solas consigo mismo sin sentirse solo. Gogol confiesa que él nada siente ante el personaje de Domingo, como tampoco no siente nada ante el sol de mediodía.

Nos acercamos aquí quizá a la visión escéptica de este personaje. El profesor dice que cada vez que ve la cara de Domingo piensa que es demasiado vasta y dispersa, y también bastante incoherente. Piensa que es tan grande que no hay forma de verla como una cara. Syme se queda pensando en su propia respuesta, pero antes se da cuenta de que en las sensaciones narradas por sus compañeros hay un elemento de semejanza y es que a pesar de que cada uno de ellos ve a Domingo de una forma diferente, todos coinciden en que sólo puede compararse con el universo. Y concluye dando su propia opinión y es que la cara de Domingo lo había asustado, aunque no por brutal o perversa, sino por su hermosura y su bondad.

Poético acercamiento hacia la comprensión de la esencia de Dios en este capítulo de la novela llamado «Los seis filósofos». Y es que, efectivamente, estos policías, sin darse cuenta, infiltrándose en las filas anarquistas se habían vuelto en la práctica hombres pesimistas, incapaces de desentrañar el papel que estaban jugando dentro de la misión encomendada por Domingo. Sólo al actuar como filósofos, es decir, al poner a discutir a la razón en aras a explicar una realidad superior, la realidad representada en el personaje de

Domingo, es cuando pueden ir acercándose a la esencia de este personaje. Y con el punto de vista de cada uno –todos distintos aunque todos válidos– es como conseguimos dar un paso hacia adelante en el entendimiento, que siempre nos arroja luz por limitado que sea y a pesar de los atajos que deba tomar.

El «despertar de un sueño agitado»

Gabriel Syme despierta de su largo sueño, el sueño de los poetas discurriendo en el londinense Saffron Park, con iguales interrogantes pero seguro de que a través de la vía del entendimiento se puede llegar a un conocimiento más profundo del universo.

En esta novela, Chesterton no ha buscado –como buen escritor– de-

jarnos una moraleja o una sentencia incuestionable acerca de temas tan complejos y tan centrales para la vida del hombre. Ni siquiera buscó legarnos una enseñanza o un simple consejo. En *El hombre que fue Jueves*, Chesterton nos plantea un interrogante y, ¿por qué no?, un desafío. El camino hacia el descubrimiento de la verdad y el entendimiento nunca estará acompañado de certezas. Será, por tanto, nuestra capacidad de cuestionar y de cuestionarnos, utilizando como herramienta nuestra inteligencia, la que nos permite seguir las huellas o los indicios que hay en la Creación. Estas huellas no siempre nos parecerán seguras o irrefutables, tampoco serán siempre tan visibles. Pero serán un signo de la intuición de verdad que precisamos para estar seguros del camino que elegimos. Y para estar seguros de que al final de ese camino encontraremos la meta. ■